

MICTLANTECUHTLI, DIOS MEXICA DEL INFRAMUNDO

Teresa E. Rohde

El dios de los mundos inferiores es, en diversas culturas, una deidad enigmática y polisimbólica. El caso del dios mexica de los muertos no escapa a estas características, aunque su figura presenta ciertos rasgos peculiares al pensamiento azteca y en ello se diferencia de otros dioses del inframundo que encontramos en las mitologías mundiales. Al dios Hades, por ejemplo, no solía rendírsele culto ni se le ofrendaban sacrificios, mientras que a Mictlantecuhtli se le reverenciaba, se le llevaban ofrendas a su templo y se le consideraba omnipresente.

Ignoramos, por desgracia, tanto el origen como la evolución histórica de este dios, y las menciones que de él hacen los cronistas están teñidas de información prejuiciada, porque hay que tener en cuenta que los conquistadores traían consigo elementos epistemológicos teñidos aún de medievalismo, particularmente notable en los conceptos religiosos. Y fue así, con esa mentalidad, como los cronistas —soldados y frailes, en su mayoría— se acercaron a las nuevas realidades para cuya descripción y comprensión carecían tanto de palabras como de conceptos; de esta suerte, no extraña ver en los textos españoles que, por ejemplo, cualquier campirano compasúchil se mencione como rosa; que toda deidad se conciba como vesánico demonio, y que las más profundas convicciones místicas se traduzcan como graves errores teológicos inspirados por el mismo diablo.

Pero, volviendo al dios que nos interesa, es probable que su aparición haya estado aparejada al culto de los difuntos que surgió, de manera ya muy elaborada, desde las primeras etapas del periodo preclásico (a partir del año 1800 a. de C.) y que

haya culminado con la institución de las grandes fiestas mortuorias: el *Micailhuitontli*, festividad de los pequeños difuntos y el *Hueymicáilhuítl*, fiesta de los muertos adultos. La primera se celebra a principios de agosto y la segunda al final del mismo mes. Si bien ignoramos cuándo surgió el culto a la deidad de la muerte, desde muy temprano aparecieron entierros con ofrendas y representaciones plásticas de la dualidad unificada que forman la vida y la muerte, y existen múltiples rostros que muestran la mitad izquierda descarnada. Al igual que en otras culturas, en México también el lado izquierdo representaba, al parecer, la oscuridad y la muerte.

Estos rostros, de los cuales la arqueología nos ha revelado varios ejemplos de diferentes épocas y culturas, no representan, sin embargo, al dios de la muerte, sino a esta dualidad de vida y muerte a que nos referimos. Es hasta el periodo preclásico superior cuando hallamos en Izapa, Chiapas, una lápida en donde se representa, según mi opinión, un personaje que tal vez sea ya el dios equivalente al que conocemos entre los mexicas como Mictlantecuhtli. La escena representa a un ser semidescarnado y sedente que enseña el costillar y los huesos del esqueleto, parcialmente, aunque de su vientre hundido surge el cordón umbilical o los intestinos, que se desenrollan como una especie de elaborada vírgula. Ya desde entonces las entrañas expuestas parecen aludir a la hediondez y a los gases mefíticos que caracterizarán a todos los personajes del mundo inferior y a éste mismo. El dios, ya que como tal interpreto la figura, se encuentra sentado sobre un podio rectangular, simbólico tal vez de la tierra misma, y es importante señalar que cubre su rostro con una máscara —que comentaré más adelante— y que porta un gran tocado de plumas rematado por una calavera; ésta probablemente represente al sol en su paso por el mundo inferior. El tocado está adornado, además, por una cruz equilátera llamada *kan* que se asocia a los colores turquesa y amarillo solar, y parece relacionarse con el planeta Venus en su camino *ad inferos*. La máscara de la figura sedente, así como el gran tocado, rasgo de su soberanía, me hacen suponer que se trata del gran señor de

ultratumba, aunque en este caso se representa con diversos elementos solares y venusinos que lo sincretizan con Xólotl, Tlahuizcalpantecuhtli y otras deidades astrales en sus aspectos mortuorios.¹ Por otra parte, en la cultura olmeca no han aparecido representaciones del Señor de la Muerte, situación que puede achacarse a un azar arqueológico, como acontece, asimismo, con el occidente de nuestro país, donde se ha excavado de manera exigua, y donde tampoco se han encontrado representaciones del dios.

Como vimos en la lápida de Izapa, la divinidad mortuoria se identifica frecuentemente con otras deidades que periódicamente se marchan al mundo de los muertos y se confunden temporalmente no sólo con Mictlantecuhtli, sino, de manera especial, con el sol del inframundo, figura mitológica que cada día se me revela de mayor importancia. Del periodo clásico contamos, por ejemplo, con un imponente sol de muerte, labrado en piedra y encontrado en Teotihuacán. Esta enorme pieza, tallada en relieve por ambos lados, representa una gran calavera frontal con la lengua fuera y el cráneo rodeado de rayos. Yo la he calificado de *Sol niger*, por motivos que después mencionaré.

De la misma etapa se nos da en un juego de pelota de El Tajín, la aparición de cierto personaje de importante talla que, sedente y semiencarnado, porta un gran tocado de plumas —semejante al que antes mencioné—, mientras observa con aparente beneplácito una escena sacrificial. La fisonomía del sujeto es común, pero la mandíbula inferior aparece descarnada. Más tarde intentaré ofrecer alguna explicación respecto de este rasgo que es asaz frecuente en la iconografía prehispánica. Tengo la impresión de que, en esta escena, también se representó al dios de la muerte, ya que se encuentra coronado con el complejo tocado.

Y, supuesto que tratamos del clásico, de este periodo tenemos una maravillosa representación que podría ser de la deidad en cuestión, excavada hace unos años en El Zapotal, Veracruz. La sobrecogedora imagen, hecha toda de cálido barro rojizo, aparece semidescarnada y sentada sobre un gran trono trabajado con símbolos y jeroglíficos policromos hasta ahora indescifrados. El

dios mira de frente con mirada fantasmal desde sus cuencas vacías, mientras que de sus mandíbulas sobresale la lengua redondeada y conspicua. El gran señor, en su elaborado sitial, remataba un templo piramidal, también de barro, que se encontró circundado de un sorprendente número de estatuas femeninas que representaban un probable cortejo de *cihuateteo* o de *mocihuahuetzque*, aunque estas obras deban estudiarse con detenimiento para fijar su exacto significado.

Por otro lado, sabemos que en los mundos inferiores existían muchos ayudantes de Mictlantecuhltli que parecen haberse ocupado, cada uno, de causar un tipo particular de muerte. Todos, en general, se representaban como esqueletos, así que resulta difícil, al verlos, aseverar que se trata del gran dios de los muertos y no de cualquiera de sus ayudantes, llamados mictecas.

Ya en el posclásico, hacia el año 900 de la era, tanto el dios de la muerte como la figura de la muerte misma tienden a aparecer con mayor frecuencia, según lo señala Eduardo Matos, a quien estoy siguiendo en lo referente al aspecto arqueológico de este trabajo.² Cabe citar aquí una bella representación de la muerte que se halla en la parte media inferior del tablero del Juego de Pelota en Chichén Itzá. El relieve muestra un ornamentado cráneo que porta una especie de penacho de mohicano y de cuyas mandíbulas entreabiertas surge la grácil vírgula de un grito o, tal vez, de un canto, y pienso que en este caso se está representando a la muerte misma y no al dios, porque el tipo de peinado o tocado que describo está salpicado de ojos estelares y se repite, con ojos o no, en diversas representaciones de la muerte o de aquellos relacionados con el mundo inferior. Este peculiar peinado o tocado que surge enhiesto del mundo cráneo, poseía, sin duda, un significado particular todavía no estudiado.

De la región de Oaxaca provienen, por otra parte, diversas representaciones del dios mortuorio. Recordemos, sin ir más lejos, el áureo pectoral hallado en la Tumba número Siete de Monte Albán.

La pieza representa a la deidad funeraria, coronada, como de costumbre, con un rico tocado.

Enfocando el tema mortuorio desde otro ángulo, existe un punto de interés que deseo mencionar: se trata de la concordancia entre el inframundo y el agua que pudiera sugerirse, por ejemplo, en el relieve que se encuentra en la base del gran monolito conocido como Coatlicue. En él se representa una figura frontal que porta la máscara de Tláloc y abre las piernas en posición ginecológica. Las extremidades están adornadas con seis cráneos de nariz marcadamente respingada y prominente. El centro del cuerpo de la figura está ocupado por un círculo o mandala cuya periferia parece representar un cerco de aguas cósmicas que encierran un quincecenas cuyas esquinas están marcadas, y cuyo centro queda señalado por un pequeño círculo. Con asombro leí que varios autores de diferentes épocas, han descrito al personaje como Mictlantecuhli, sin explicar ni la presencia del rostro de Tláloc, ni la posición de parto, ni lo que llaman “un escudo emplumado” que circunda el quincecenas, ni el hecho de que porte el collar de Xochipilli. En lo que a mí respecta, no creo que se trate aquí propiamente del dios de los muertos, sino de Tláloc, como ha afirmado en su *Imagen de Tláloc* Rubén Bonifaz Nuño, ya que quedaría dentro del ámbito de esta deidad el dominar las aguas del inframundo, si eso fuera lo representado por el gran círculo del cuadrángulo cósmico y no solamente las plumas de un escudo. La relación con el mundo de abajo, asocia al dios no sólo con las aguas primordiales, sino con la tierra y la oscuridad, máxime si recordamos que este relieve estuvo en contacto directo con el suelo. Humedad, mundo subterráneo, aguas caóticas e infernales, noche y muerte, integran toda una red simbólica ricamente constelada en la cual entrarían también los cráneos que complementan la figura. Por otro lado, la red de símbolos que mencionaba antes, se sobrepone también al ámbito polisimbólico de Mictlantecuhli, de manera que aquí se da un ejemplo más de cómo los diferentes dioses pueden poseer ciertos denominadores comunes que les permiten mezclarse y superponer sus respectivas naturalezas. Volvemos a tocar este punto que plantea interesantes posibilidades. Ahora bien, ¿podría representar la posición ginecológica un herma-

froditismo divino? El verdadero sexo de la figura permanece oculto tras el taparrabo, así que la respuesta queda en el aire. Sin embargo, existe la representación de una figura muy semejante a este Tláloc encontrada en las excavaciones del Templo Mayor. Se trata precisamente de este dios, aunque bicípite y con senos. Se ve asociado también en este caso al quince y al cerco de aguas cósmicas, y está en posición ginecológica. En vez de ombligo presenta esta vez el signo del movimiento, y no hay duda de que representa un Tláloc de características femeninas.

El collar de Xochipilli que porta la figura, alude, por su parte, a una deidad que se relaciona con el grano y la comida, los cuales, después de todo, proceden del inframundo.

Pero retomemos por ahora el hecho de que no solamente en la escultura, sino también en los códices, se hace evidente el intercambio de atributos entre las diferentes deidades. Ya cité antes algún caso, pero acontecen de manera harto frecuente. Por ejemplo, en el *Códice Borgia* se encuentran varios dioses del pulque que portan los atributos del dios mortuorio, debido a la afinidad de conceptos que existe entre el líquido embriagante, los somníferos, los psicotrópicos, la pérdida de la conciencia y la muerte, además de que los tres primeros actúan como agentes psicopompos al comunicar las almas con los mundos del más allá. Empero, carecemos de elementos de juicio suficientes para identificar certeramente en todos los casos al dios descarnado que se supone es Mictlantecuhtli y que participa de los elementos de muchas otras deidades. En el arte huasteco, por ejemplo, es frecuente la aparición de esculturas que representan al dios venusino Tlahuizcalpantecuhtli-Xólotl en su doble aspecto, vital por el anverso y mortuorio por el reverso; en este último lleva adosada su propia osamenta.³ Podría suponerse, de pronto, que estas estatuas estarían representando a Mictlantecuhtli, aunque, según Alfonso Caso,⁴ “este dios se representa iconográficamente con el pelo encrespado salpicado de ojos estelares y con diversos adornos de papel, mientras que a guisa de orejeras porta un par de huesos humanos, como

acontece en la lápida de Izapa, o bien, en ocasiones, muestra una raya negra sobre los ojos cuando se le invoca como regente del décimo periodo del Tonalpohualli que se inicia con el día Técpatl. Un ejemplo de ello acontece en el *Códice Telleriano Remensis*. A pesar de todo lo anterior, es verdad que las figuras huastecas pudieran representar determinados aspectos de Mictlantecuhtli, y hay que recordar aquí que este dios presenta semejanzas también con muchos otros, como son Yohualtecuhli, dios de la oscuridad y de la noche, Tlaltecuhli, dios ctónico, y el gran Tezcatlipoca, por lo cual debe considerarse que existía, ampliamente difundido, el concepto de que el ser supremo era multívoco y omnipresente; uno de los rasgos esenciales de la religión precolombina parece haber sido ese de conferir al gran dios muchos rostros mediante los cuales expresaba su universalidad y su aspecto multívoco.

Este pensamiento me induce a tomar el siguiente paso, que consistiría en preguntar si, acaso, se habría llegado ya a un concepto monofisista de la naturaleza del mundo, del hombre y de los dioses. Tal pregunta se me viene a la mente porque resulta claro que las diferentes deidades no pueden fundirse entre sí a menos que se conciban como hechas de una misma naturaleza básica; como si fueran los diversos colores del arco iris que participan siempre de la misma materia de que el arco celeste está constituido. En mi opinión, este problema religioso, que no se ha trabajado hasta ahora, requeriría una investigación realmente profunda que arrojará luz sobre la mentalidad filosófica de las últimas etapas prehispánicas.

Vuelvo ahora el tema de los mictecas, o sea los ayudantes de Mictlantecuhtli quienes se representaban mediante esqueletos o cráneos pelados sin adorno alguno. Habitaban junto con su soberano en el noveno nivel de los mundos inferiores, y formaban legión de la cual sobresalían doce parejas que recuerdan las que, en forma correspondiente, se mencionan en el *Popol Vuh*. Los nombres de algunas de ellas han llegado hasta hoy. Sabemos, por ejemplo, de Mextepehua, el que riega cenizas, y de su esposa Micatetlacalli, caja de muerto; de Tzontémoc, el

que cae de cabeza, y de su *paredros*, Chalmecéhuatl, la sacrificadora; Ixpuzteque, el del pie roto, y Mizoxóchitl, la que arroja flores, etcétera. Se menciona, además, como una categoría especial a los Nueve Señores de la Noche o Yoalteuctlin, quienes, desde luego, se presentan también como esqueletos haciendo más confuso aún el problema de la identificación general de los habitantes del mundo inferior. Existen, sin embargo, elementos para suponer que estas deidades menores mencionadas al último, son de considerable antigüedad, y que datan del periodo preclásico.

En el ámbito maya también surgen por esa época los Señores Nocturnos, aunque presentan algunas diferencias con respecto a la serie náhuatl. Los Nueve Señores mayas de la Noche se llamaron colectivamente los Bolon-Tikú, denominación que significa “deidad Nueve”, y se refiere, probablemente, al número de estructuras subterráneas. Los nombres de estos personajes no quedan claros, acaso porque se acostumbraba ocultar el nombre personal de algunas deidades como forma de darles protección mágica en contra de sus enemigos. Por ello nos queda en duda quién fue el Señor Supremo del inframundo maya, ya que puede haber sido cualquiera de varios, como Hun-Camé, Uno-Muerte; Vucub-Camé, Siete-Muerte; Ah Puch, el Descamado; el misterioso dios Q que porta los ornamentos y atributos de la muerte, o Hun Ahau, el del nombre calendárico asociado a la obscuridad y que Landa menciona como “gran príncipe de los demonios”. El mundo maya de los muertos se llamó Xibalbá y se caracterizó por su hedor a podredumbre. Se trataba de un lugar acuático, supuesto que se relacionaba con las aguas caóticas originales, así como con el mar; por eso los dioses de estos lares se transportaban en canoas.

Una sorprendente diferencia entre las deidades infernales mayas y las correspondientes del altiplano, consistía en que los xibalbanos solían reír, con risa macabra que le auguraba horribles males al ser humano, así que los hombres debían guardarse de ella. La carencia de tan espeluznante humor resultaba, para el mexica, una ventaja cuando se hallaba en su mundo inferior.

Empero, como recordaremos, el Mictlan, morada de Mictlantecuhltli, no fue el único sitio a donde iban los muertos, según la tradición atribuida a los mexicas, sino que existían cuatro diversos lugares a donde se iba, dependiendo del tipo de muerte que se hubiera alcanzado. El Tlalocan era un lugar verde y alegre reservado a los elegidos por el dios Tláloc que habían muerto ahogados, leprosos, hidrópicos o fulminados. El Chichihuaquauhco era otro donde crecía un gigantesco árbol del cual manaba leche, y allí iban quienes morían en la niñez. El tercer sitio era el Paraíso del Sol, al cual iban los guerreros y sacrificados que acompañaban al astro desde la aurora hasta el mediodía, cuando acudían las *mocihuaquetzque*, mujeres muertas durante el parto, que constituían el cortejo solar hasta el momento del ocaso. Por último, estaba el Mictlan, hacia donde se dirigían los muertos comunes y que constaba de nueve estratos a los cuales se llegaba en un viaje que duraba cuatro años; al final se alcanzaba la presencia de Mictlantecuhltli y de su aspecto femenino Mictlancíhuatl, quienes enviaban al muerto a un reposo que, posiblemente, no fuera más que temporal.

Es importante comentar ahora que el concepto que del Mictlan tuvieron los cronistas no correspondió al del pueblo azteca, quien, según se dice, no asociaba con él noción alguna de tipo ético. En sus mundos metafísicos, los mexicas no ponían énfasis en las acciones que el cristianismo juzga buenas o malas, y en ningún caso se trataba de lugares de premiación o de castigo. Si aquí se habla de “infiernos” es por la suposición de que el Mictlan pudiera estar situado *ad inferos* y no porque se conciba como “infierno” cristiano infestado de colorados diablos torturadores que obligan a expiar supuestas culpas. Esta concepción fue típica, en cambio, del folklore cristiano medieval que conformaba la mentalidad española de la época, y que privaba al conquistador de elementos de juicio con los cuales comprender y valorar adecuadamente la nueva fenomenología religiosa a que se enfrentaba y a la cual, por incomprensión e intolerancia, distorsionó y agredió hasta su virtual extinción.

Pues bien, retornando a los conceptos del Mictlan, diré que

se le imaginaba situado al norte, en el cuadrante negro del universo, o bien, por debajo y en el centro de la tierra. Probablemente se concibiera como un extraño lugar donde por las noches alumbraba un sol negro, un astro muerto y de luz fría. Se decía, por ejemplo, que por estar en el centro de la tierra, el templo de Mictlantecuhtli se llamaba Tlaxicco, que significa “en el ombligo de la tierra”. Suponemos entonces, que si el dios radicaba en el centro de la tierra, enlazado al ombligo ctónico, bien podía encontrarse en relación también con la cuerda umbilical a que se imaginaba atada la misteriosa deidad dual, corazón del cielo, llamada Ometéotl-Omecíhuatl, divinidad uránica habitante del Omeyocan, que carecía de culto y de iconografía.

Todo esto nos hace cavilar en la posibilidad de que Mictlantecuhtli: “el dios que lanza luces y envuelve en sombras”,⁵ pudiera resultar como el reflejo en un espejo del dios supremo, y encarnara así el principio dual de la vida y la muerte, rector de todo el universo mental del México antiguo. ¿Podrían ambos dioses constituir, tal vez, dos aspectos de la misma deidad? ¿Podrían ambos compartir la visión del mundo, pero desde puntos de vista antagónicos? Ometéotl vislumbra el universo desde arriba y a través de la luz cósmica, al tiempo que Mictlantecuhtli, también dios doble, lo haría desde abajo y a través de la sombra. De Ometéotl se dice que es omnipresente y que —por su ambivalencia divina— rige, inclusive, la región de los muertos: “Abarca con su influencia el universo [...] Nadie lo inventó ni le dio forma [...] Existe más allá de todo tiempo y lugar.”⁶ “Nuestro señor, dueño del cielo, de la tierra y de la región de los muertos”: *totecuio in ilhuicahua in tlalticpacque in mictlane*.⁷ Ometéotl rige sobre la hora cenital, mientras que Mictlantecuhtli lo hace sobre la hora central de la noche (la quinta); Ometéotl hace aparecer a los hombres, y el dios contrario los reabsorbe:

“¿Por ventura está tu casa en el lugar de los descarnados?
¿Acaso en el interior del cielo?”⁸

Estos versos se pueden aplicar a cualquiera de las dos deidades, y una aparece como el complemento antitético de la otra; ambas

forman, con sus respectivas parejas, unidades de *coincidentia oppositorum*, supuesto que el uno parece ser parte del otro.

Se sabe que en la base de la religión prehispánica se encuentra un gran número de pugnas de contrarios cuyo sentido es lograr la estabilidad del cosmos, y esa idea bien podría aplicarse al juego de dualidades yuxtapuestas que nos ocupa.

En páginas anteriores aludí a las semejanzas que se presentan con frecuencia entre Mictlantecuhtli y Tezcatlipoca. Pues bien, quiero mencionar que este último desempeña funciones difíciles de definir porque posee gran variedad de aspectos y múltiples atributos con los cuales invadía las provincias de otras deidades con la mayor facilidad, de manera que planteo nuevamente: ¿estaremos acaso en ámbitos monofisistas? Sin embargo, la distintiva modalidad de quien yo juzgo como un dios truquero, lo convierte también en una divinidad de la riqueza y de la prosperidad, cosas que le corresponderían, estrictamente, al dios de los infiernos. Como a Hades, se le confía a esta deidad la función de juez y, en cierto modo, también se le considera dios del destino aciago. A este respecto, Paul Westheim opina que no es la existencia de la muerte lo que amarga la vida humana, sino la convicción de que el hombre no es dueño de su destino.⁹ Empero, el destino que los dioses auguran al mexica es, finalmente, el de la vida eterna cuyo umbral es la transmutación. Sabemos que todo aquello que se transforma trasciende la aniquilación y que, siendo la vida humana tierna y frágil, el fenecer es nuestro presente y nuestro futuro y el morir forma parte de nuestro ritmo ontológico: *nascentes morimur finisque ab origine pendet*.¹⁰

Así pues, todo en el mundo prehispánico susurra que la muerte es el preludio de la vida. Considérese a este respecto que, cuando en los códices se representan cráneos pelados o esqueletos, se dibujan sobre ellos manchas amarillas o negras que significan tanto podredumbre como germinación. Tengamos en cuenta, además, que el símbolo malinalli se representa ocasionalmente mediante una calavera de la cual brota un haz de hierba, y que la calavera misma simboliza la inmortalidad, ya que sobrevive

aun cuando el cuerpo se haya destruido. El cráneo se consideraba receptáculo de la fuerza vital que habría de transmutarse a la larga, mientras que la tumba se concibió como una modalidad del atañor, el místico horno donde el alquimista transmutaba sustancias. Tan claro resulta que la cabeza misma es un poder engendrador, que hago memoria de que de la calavera de Hunabpú procedió la saliva que preñó a Ixquic, madre del sol y de la luna en la mitología maya. Debido a los poderes que se conciben dentro del cráneo, el altar de cráneos o tzompantli constituye un centro de energía en que reside la fuerza de todos los que murieron por el bien de la comunidad. Por ello se erigía en el centro de la ciudad, desde donde pudiera difundirse con mayor eficacia su mágico poder vivificador. Aprovecho el momento para reiterar que allí donde el cristiano veía una calavera, su psique la interpretaba como muerte y de inmediato imaginaba la aniquilación inexorable, mientras que el mexicano vislumbraba en ella la continuidad de la vida y de cuanto es renovación engendradora.

En ocasiones, cuando no se mostraba a las deidades de la muerte completamente descarnadas, se las presentaba, al menos, con la mandíbula inferior desnuda, la cual posee significado oracular y simboliza también la entrada o la salida al otro mundo. El pasar por el umbral es una forma de autoaniquilación; y si se va hacia adentro, el objetivo será purificar el "yo" para renacer. Ello no obstante, si el pasaje es hacia afuera, la purificación se logrará mediante la luz.

Los cráneos ostentan también otras características simbólicas, ya que con frecuencia tienen, además, ojos y lengua. Los primeros dan a entender, si están abiertos, que la persona permanece vigilante y posee gran percepción espiritual, mientras que la segunda es de sentido polivalente, ya que equivale tanto al cuchillo de sacrificio como al poder fecundador y sacralizador del falo y de la sangre. Simboliza, además, en diversas culturas, la flama que purifica y, en determinados contextos, indica una petición de agua y de lluvia. La lengua encarna, por último, la voz del difunto o del dios, si es que se trata de una calavera

divina, y enseñarla o ponerla de manifiesto, al sacarla, implica la salida de la oscuridad a la luz mediante el paso por el umbral de la muerte. Esto es, probablemente, lo que simboliza que el Mictlantecuhtli de El Zapotal muestre la lengua entre sus enjutas mandíbulas.

Todas las relaciones conceptuales del mundo precolombino sugieren una transformación y un renacimiento más allá de la muerte, a pesar de las dudas que algunos escépticos manifestaran.

Quisiera ahora volver a un asunto que ha quedado pendiente: el del sol negativo o “sol de muerte” representado, por ejemplo, en la gran pieza teotihuacana a que me referí con anterioridad.

Existe en las tradiciones mundiales una clara distinción entre el sol visible y el invisible, entre lo exotérico y lo esotérico, entre lo externo y lo interno. Así pues, el *Sol niger* se relacionó con lo oculto, con los poderes ctónicos y por ello, también, con la serpiente que se transforma y se renueva a sí misma, porque el viaje nocturno del astro significaba la labor secreta de transformación del sol y de las almas; por esta razón, el *Sol niger* representó no sólo el inconsciente, sino que los alquimistas lo adoptaron como imagen de la materia prima que sufre transmutaciones mediante las cuales mejora. El sol se transforma en el inframundo como lo hacen los muertos y los granos, y por ello debe ocultarse, porque si la vida es evidente, el proceso de surgir a la existencia es secreto y el sol debe rehacerse y remodelarse bajo la tierra, en el lugar mismo donde los vivos se forman a partir de los muertos. Recordemos que los primeros hombres se formaron con huesos de difuntos, ya que el mundo inferior contiene los gérmenes de la vida, del mismo modo que todo lo que es vida contiene en sí el germen de la muerte.

Es muy probable que a estos aspectos ocultos se refiera el que tanto Mictlantecuhtli como Tezcatlipoca a veces usen caretas. Tezcatlipoca mismo, en sus aspectos esotéricos, se concibió como el sol negro, reverso del símbolo vital y luminoso. Un ejemplo claro de que al dios de los muertos se le representaba ocasionalmente con máscara, es el caso de la lápida de Izapa en donde el dios tiene el rostro cubierto; se oculta, y en este sentido se

asemeja a Hades, el oculto. Hemos de entender que toda máscara encubre una metamorfosis, la cual conlleva una ambigüedad transitoria que requiere del secreto. Ese rostro ficticio que se presenta al mundo participa, mágicamente, de la calidad de una crisálida que temporalmente encubre y contribuye al cambio. Al ponerse la máscara, se es otra cosa, sin dejar de ser lo que se es.

Estas correlaciones de trasmutación y cambio en el más allá como, a nivel espiritual, también en el acá, nos hablan de que el reino de Mictlantecuhtli no está remoto, sino que se concibe contiguo al nuestro, al grado de que toca a la vida en todos sus aspectos y es su hermano gemelo; su contrario y, a la vez, su complemento, como tal vez acontece con los mismos dioses Ometéotl y Mictlantecuhtli. El más allá es como el doble del acá, su sombra, y ello confiere a la vida cotidiana su profundidad psíquica, ya que la muerte es el único *telos* al alcance de cada alma. Empero, existe enorme vitalidad en los fenómenos del más allá; hay gran libido oculta en las sombras y, por eso, nuestros pasos despreocupados hacen eco en las bóvedas del inframundo. A cada momento hay una reverberación inconsciente entre un mundo y el otro; recuerdos brumosos como el frágil hilo de un sueño con que nos despertamos y que nos conduce hacia abajo, hacia la oscuridad y, otra vez, desde el mundo de la luz hacia los recintos del sueño.

NOTAS

¹ Norman, V. Garth. *Izapa Sculpture*. Part 2 (text). Papers of the New World Archaeological Foundation. Brigham Young University. Provo Utah, 1966, pp. 147-148.

² Matos Moctezuma, Eduardo. *Muerte a filo de obsidiana. Los nahuas frente a la muerte*. Sep Setenta No. 190, México, 1975, *passim*.

³ De la Fuente, Beatriz, y Nelly Gutiérrez Solana. *Escultura huasteca en piedra. Catálogo*. Instituto de Investigaciones Estéticas. UNAM, 1980. P. 109, láms. 258 a, b y c.

⁴ Caso, Alfonso. *El Pueblo del sol*. Fondo de Cultura Económica. Col. Popular No. 104, México, 1974, 2ª ed., pp. 76-85.

⁵ Garibay, Ángel M. *La Literatura de los aztecas*. Ed. Joaquín Mortiz. México, 1964. Pp. 66-67.

⁶ León-Portilla, Miguel. *La Filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*. UNAM. México, 1959, p. 168.

⁷ León-Portilla, Miguel, *idem*, p. 162.

⁸ *Idem*, p. 147.

⁹ Westheim, Paul, *La calavera*. Secretaría de Educación Pública. Col. Lecturas Mexicanas. México, 1985, p. 16.

¹⁰ *Manilius, Astronomica IV*, 16; ed. T. Breiter Leipzig, 1908.